

Comentarios de Otto Granados al libro *El gran desencuentro. Una mirada al socialismo chileno, la Unidad Popular y Salvador Allende* (Santiago, FCE, 2017, 653 pp.) de Ricardo Núñez.

La presentación de un libro siempre tiene sus desafíos porque su propósito es invitar a que se lea y, por lo tanto, no tiene mucho sentido repetir aquí lo que viene en sus páginas.

Pero además, desde una perspectiva académica, suele provocar la tentación de criticar el libro que se presenta porque eso es lo que suena bien en el mundillo intelectual tan envidioso y primitivo de nuestros días, en donde generalmente se tiene miedo no a disentir, lo que ya es dogma de fe, sino a coincidir. Y por último, desde la relación fraterna y amistosa, hay una propensión casi biológica a elogiar un libro tan solo por las prendas personales, políticas e intelectuales del autor. La historia cultural de nuestros países está llena de anécdotas y ejemplos de cualquiera de estos supuestos.

Pues bien, voy a tratar de evitar estos riesgos, aunque caiga en uno que otro, para comentar un libro monumental y no solo por sus 653 páginas –que leí gracias en parte a la beca SEP- sino porque se trata en realidad de tres libros –el de Salvador Allende, el del gobierno de la Unidad Popular y el del Partido Socialista chileno- que de manera ordenada, coherente y lógica se van entrelazando para contar, documentar y explicar lo que Ricardo Núñez

llama “el gran desencuentro” en la historia del socialismo chileno, es decir, el conflicto entre “la impaciencia revolucionaria” que con ortodoxia urgía a acelerar el proceso para construir una sociedad socialista y el gradualismo reformista que operaba bajo la lógica de las condiciones reales, tanto políticas como institucionales, en que se ejerce el poder en un régimen, como se clasificaba entonces, democrático-burgués, y que se acentúan cuando ese ejercicio es o pretende ser diametralmente distinto al estado de cosas previo.

Digamos pues que estamos ante un libro que casi resuelve el misterio trinitario: tres personas distintas y un solo dios verdadero. Y este es el nudo de la cuestión.

Se trata sí, en primer lugar, de un libro de historia. Es un texto dividido en esas tres partes que menciono y 10 capítulos, con una abundante y rica bibliografía y además muy bien escrito, con vena literaria, ágil, alejado tanto de la pedantería del cubículo como de la camisa de fuerza teórica donde si la realidad no corresponde a mis ideas peor para la realidad. Es igualmente un libro honesto que no busca la salvación de su alma por el sendero de la culpa ni del remordimiento, pero que a lo largo de sus páginas mantiene un sentido crítico, una duda metódica, diríamos una dialéctica, para contrastar la historia a la luz de ideas, actores, posiciones y hechos que parecen estar, no obstante la larga estabilidad política y parlamentaria de Chile, en una tensión, en una contradicción permanente que no concluye cuando la Unidad Popular llega al poder

por la vía electoral y las distintas fuerzas que la nutren encuentran, o mejor dicho: debían haber encontrado, un camino de convergencia hacia el socialismo, sino en la tragedia del 11 de septiembre de 1973, cuando esas contradicciones se han agudizado y en alguna medida pavimentan las condiciones que fueron creando la derecha histórica chilena, los medios de comunicación, el gobierno norteamericano, la clase empresarial, las fuerzas armadas y desde luego la geopolítica de la Guerra Fría, para deponer al gobierno democráticamente electo y constitucionalmente establecido de Salvador Allende, y que sintetiza con precisión la frase de Carlos Altamirano, el dirigente del PS, que Ricardo Núñez recoge: “Mientras yo sea –dice Altamirano- el gran culpable del fracaso de Allende, todos los demás pueden dormir tranquilos”.

En segundo lugar, hay que decirlo, el autor no es un observador neutral, que analice a distancia y con los recursos de la historiografía el largo recorrido del PS chileno, la correlación de fuerzas en un momento determinado o la aproximación crítica y autocrítica a los mil días de la UP. Lo hace, desde luego, pero desde la mirada de un protagonista de primer orden que ya en la vida parlamentaria, ya en la militancia y la dirigencia socialista, examina con un instrumental esencialmente político y pragmático, ese período decisivo en la historia moderna de Chile.

En ese sentido, si bien, como ya dije, el libro estructura lógicamente los orígenes, el accionar y las relaciones del PS

durante el siglo XX con los sindicatos, con otros partidos y formaciones de izquierda, con los gobiernos de Frei y de Allende o con la dictadura de Pinochet, es en el capítulo introductorio, que me hubiera gustado más colocarlo al final, como un largo epílogo, en mi opinión brillante, donde se condensa el análisis fundamentalmente político y aquí es donde el Núñez historiador cede el paso al Núñez político:

*“...sostuve –dice el autor- que el descalabro económico que vivía el país debíamos asumirlo como inevitable y propio de la naturaleza del proceso revolucionario en el que estábamos empeñados... (Y) En el fondo no asumíamos el grado de polarización que se había instalado en la sociedad chilena....Es más, estábamos convencidos de que tal polarización era la expresión superior de la lucha de clases...” (p. 28)*

Dicho esto, el libro es muy relevante no solo por la investigación histórica y el análisis político en que se funda, no solo por oponerse a la “verdad revelada” con que los condotieros y los arquitectos de la dictadura intentaron reescribir la historia de esos años, sino porque tiene también algo esencial: tiene el peso moral y político necesario para, desde allí, plantear una explicación convincente y sofisticada del desencuentro, con la distancia y el sosiego necesarios para hablar de lo que en realidad sucedió.

Más aún: pienso por ejemplo en el último capítulo, específicamente referido a Salvador Allende, donde el embajador Núñez repasa, en una clave que no puede dejar de lado la comprensión y la lealtad, dos virtudes raras pero primordiales en política, el esquematismo que enfermaba las relaciones de la izquierda chilena más radical con el gobierno de la UP y que llamaban a su presidente --porque eso era: su presidente-- a decantarse para un lado o para otro, con un maniqueísmo --buenos y malos, burgueses y proletarios, dominadores y dominados- que a la postre resultó autodestructivo. Creo recordar, porque lo cito de memoria, un ensayo de Eugenio Tironi sobre la empatía y antipatía de los gobernantes donde evoca cómo un seguidor de Allende, en medio del desbarajuste económico, el desabasto y los cacerolazos, justificaba: “este gobierno podrá ser un desastre pero es mi gobierno”.

Aquí reside uno de los componentes más sugestivo del libro de Núñez o, dicho con más propiedad, del drama de Allende: la imposibilidad de articular un escenario de consenso partidista o al menos de concertación entre dos lógicas políticas al parecer antagónicas: la del reformismo, que ejecuta acciones específicas que a la larga producen, como dice el autor, cambios revolucionarios, y la de la agudización del conflicto que lleva hasta sus últimas consecuencias la contradicción principal como prerrequisito de una genuina revolución. Vista con los ojos del siglo XXI, donde todos los de entonces ya no somos los mismos, parece normal la vía de las reformas; vista con los

de hace 44 años, fue el combustible que inflamó el desencuentro.

En algunas escuelas académicas, ahora se estila hablar de historia contrafactual para especular e indagar qué habría pasado si las cosas hubieran sido de otra forma. Y con esto abordo mi cuarto comentario sobre el libro.

Ricardo Núñez recuerda en algún lado que uno de los últimos momentos de Salvador Allende, la mañana misma del 11 de septiembre de 1973, cuando ya se ha iniciado el operativo militar del golpe de Estado, un enviado de la dirección del Partido Socialista, Hernán del Canto, acudió a La Moneda a verlo para pedirle instrucciones acerca de qué deberían hacer los cuadros del partido; ante tal solicitud, Allende replicó que si nunca durante los tres años de gobierno de la Unidad Popular le habían pedido su opinión, por qué habrían de hacerlo entonces: “Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber”, terminó diciendo.

Probablemente este hecho evidencia lo que constituyó uno de los problemas elementales en la experiencia chilena: la dirección política del proceso. Sin embargo, no fue el único. Cómo bien lo propone el libro, es necesario explicar por qué llega la Unidad Popular al gobierno y por qué cae; cuáles fueron sus errores tácticos y cuales los estratégicos; cuál el papel de la vía electoral y de la legalidad; cuál la respuesta de los aparatos de la burguesía nacional y del imperialismo y, finalmente, cuáles eran, tras

esta lección, las asignaturas básicas de la transición al socialismo.

Para el movimiento comunista internacional de la época, los tres años de la UP sirvieron en buena medida para replantear en unos casos y reafirmar en otros, algunas de las posiciones teóricas sostenidas durante una parte del siglo XX. Después de la revolución cubana a finales de los años cincuenta, el triunfo de Allende significó una nueva oportunidad para las fuerzas socialistas de ascender al poder político formal; el hecho de que hubiera sucedido mediante los cauces electorales, en un país con una larga tradición democrática, con todo lo que ello implica – libertades civiles, pluripartidismo, estabilidad política-, distaba de las condiciones que antecedieron y al modo como se dio el proceso cubano. Si esto es cierto, se decía, ¿por qué entonces el socialismo cubano tenía ya veinte años para entonces y lo de Chile fracasa?

O bien ¿tuvo razón el secretario general del Partido Comunista Italiano cuando señaló *ex post* que la experiencia de la UP arrojaba tres moralejas principales: que el triunfo electoral no era “garantía suficiente para la supervivencia y el éxito de un gobierno de izquierda”; que era necesario ensamblar una alianza “lo más amplia posible para evitar una polarización y empate de fuerzas entre la clase media y la clase obrera” y, por último, que ello demostraba “lo absurdo de confiar en la legalidad burguesa, el mito de la existencia de fuerzas armadas apolíticas o benignamente neutrales, el peligro de la

movilización popular insuficiente y por supuesto, la necesidad de crear una milicia popular”?. ¿O incluso, como se dijo desde el PC de la extinta Unión Soviética, que la “pedante adhesión” de Allende a la legalidad lo había atado de manos, y que “los eventos de Chile comprueban (. . . ) que los movimientos revolucionarios (deben) estar preparados plenamente para defender las ganancias democráticas con las armas”<sup>1</sup>, como lo planteaba por cierto el MIR?.

Es en este punto donde los intentos por esclarecer la llegada de la UP han encontrado mayor espacio para la polémica. Para algunos, la causa principal estuvo en la falta de previsión de la derecha y de la DC para entender que el establecimiento de un gobierno de orientación marxista era posible por razones circunstanciales y estructurales. Para otros, la sorprendente victoria de la UP era explicable por uno de esos accidentes de la historia que contradicen sus propias leyes.

Cualquiera que sea la respuesta, el libro parece sugerir que el mantenimiento de la legalidad en que tanto se empeñó Allende fue más bien una táctica defensiva para evitar que cualquier desviación que rebasara las fronteras de la ley se convirtiera en un arma en manos de los enemigos del proyecto socialista, pero también parece claro que esa decisión simplemente reflejaba el gran desencuentro

---

<sup>1</sup> Las citas proceden de Isabel Turrent, *La Unidad Popular Chilena 1970-1973*, Tesis de licenciatura, México, El Colegio de México, 1979, p. 141 y ss., y Philippe C. Schmitter, “La Europa latina y las ‘lecciones’ de Chile”, en Federico Gil et al., *Chile 1970-1973. Lecciones de una experiencia*, Madrid, Tecnos, 1977, pp. 352-353.



entre los integrantes de la coalición gobernante: reformismo o revolución.

¿Habría sido otra la historia si, como proponían los ultras, la legalidad burguesa había dado de sí y era inevitable entrar a la fase armada para defender el camino al socialismo? No lo creo. Y no lo creo porque, como sugiere en varias partes el libro, el desencuentro es una explicación necesaria pero no suficiente.

La conspiración orquestada por las fuerzas armadas, el gobierno norteamericano, los medios, la derecha partidista y las élites empresariales socavó desde el principio la estabilidad del gobierno, usó todos los recursos legales e ilegales para arrinconarlo, abasteció financieramente a diarios como ***El Mercurio*** para convertirlo en el principal ariete mediático contra Allende, y organizó todo cuanto estuvo a su alcance para derribar a la Unidad Popular. Esta conspiración, a mi juicio, fue más funcional para los efectos del derrocamiento que el propio desencuentro al interior de la UP.

Termino ahora: en abril de 1871 el viejo Marx -¿se acuerdan de él?- le dice a Ludwig Kugelmann en una carta:

*Si te fijas en el último capítulo de mi 18 Brumario, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla, y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular.....”.*

¿Era esto posible en Chile de una manera pacífica dentro de los cauces legales y los marcos institucionales? ¿Era las elecciones el único camino para la transición al socialismo en las condiciones del Chile de los años sesenta y setenta?

Al final de cuentas, concluye Ricardo Núñez, las grandes contradicciones parecen ser claras: la lectura ideológica inadecuada del reformismo elegido por Allende que hizo la coalición gobernante; el no haber podido superar la posible dicotomía entre el “avanzar sin transar” y la “consolidación de lo avanzado”, y la decisión de la derecha chilena y sus patrocinadores de adentro y afuera de preferir la guillotina del golpismo a la del cambio de régimen por los métodos de la democracia y el estado de derecho.

Lo que sucedió después, en los siguientes 17 años es, ciertamente, una historia cruel y conocida.

Quiero finalmente felicitar a Ricardo Núñez por este libro inteligente, riguroso, aleccionador y honesto, que hemos presentado esta tarde no solo por su enorme valor histórico, académico y político, sino también porque afirma el espíritu entrañable que en esa coyuntura trágica y dolorosa nos unió a mexicanos y chilenos como hasta ahora.

Por eso hoy, en los jardines de la embajada de México en Santiago, por donde pasaron cientos de chilenas y chilenos asilados que en medio de una situación extremadamente compleja encontraron cobijo y cierto sosiego para poner a salvo su integridad física, psicológica y moral, y luego para

vislumbrar, así fuera de manera confusa, cómo reencontrar las opciones vitales, hay un pequeño memorial que simboliza un acto de coherencia política y moral y ~~recupera el efecto milagroso de la historia dejando~~ un recuerdo permanente de aquellos que, perseguidos por la dictadura, salieron a vivir la experiencia del exilio para preservar sus sueños y para encontrar entre nosotros una oportunidad para rehacer sus vidas truncadas por el cuartelazo.

Si la historia sirve de algo, y sirve mucho, es para interpretar de dónde venimos, condición indispensable para entender hacia dónde vamos. Y este libro es un vivo testimonio de ello.

Gracias.